



Cuerpo y Género(*)

Margarita Sáenz

El anhelo de adelgazar se ha convertido en un valor central de nuestra cultura occidental. Para muchos la delgadez sería un medio para conseguir todos los valores a los que está asociada: belleza, juventud, aceptación social, búsqueda de perfección.

Nunca como en nuestro tiempo el cuerpo ha determinado la identidad, el autoconcepto de los individuos; y no el cuerpo en su totalidad sino su apariencia, su fachada, la imagen corporal. La búsqueda de la silueta perfecta que implica en sí misma la imposibilidad de conseguirla.

La anorexia nerviosa, calificada inicialmente como anorexia histérica (de hystera, útero en griego) fue descrita por primera vez en el siglo XIX por el médico de la reina Victoria, Gull y también por Lasegue. Sin embargo ya en el siglo XVII se describe una aproximación al trastorno en un joven por Richard Morton, médico de la corte de Guillermo II "...en toda mi vida no recuerdo a nadie tan versado en vivir y tan consumido..."

Revisamos las diferentes manifestaciones de la autoinanición a lo largo de la Historia. Toda una colección de seres humanos que en un momento determinado, y en distintas épocas históricas, por distintos motivos, tomaron la decisión de ayunar, malnutriéndose y, en algunos casos, llegando a la muerte en el intento.

El trastorno puede ser la vía de expresión final de distintos personales y malestares psicológicos: Desde las santas anoréxicas de

la edad media, a las doncellas milagrosas, artistas del hambre, bailarinas, huelguistas del hambre, durante siglos, los adelgazadores, su disciplina y autocontrol han trascendido al individuo.

En todas las culturas la relevancia del cuerpo femenino suele ser significativamente superior al masculino. En las representaciones del paleolítico, las características femeninas en las imágenes de estas madres y venus prehistóricas, son inconfundibles: adiposidad del tronco, senos y nalgas grandes, en las que se resalta el papel reproductor y de nutrición de la mujer.

La representación del carácter milagroso de la función paridora y nutridora de la mujer se recoge a lo largo de la historia y de la literatura. En los relatos mitológicos se recoge que fue una gota de leche, escapada del seno de Hera, lo que dio lugar a la vía láctea. En las leyendas griegas, se identifica a la madre con la triple diosa, que preside el nacimiento, la vida y la muerte. Es la tríada de doncella, madre y arpía, conocida en Grecia como Perséfone, Démeter y Hécate.

En la Roma Antigua, se apreciaba a la mujer por este papel de madre, de mujer frugal, que tenía que dar muchos hijos al estado, que los necesitaba para asegurar una existencia amenazada de continuo por sus enemigos. Los romanos habían llegado a conceder a padres y maridos el derecho de ajusticiar a las mujeres por el simple hecho de haber bebido vino. Ya sea porque, según algunos, el vino tenía propiedades abortivas, o porque según otros, se asocia a los excesos con la carne y la lascivia.

(*) *II Jornadas Interautonómicas del Norte. Segovia. Diciembre, 2002.*



A partir del siglo I, algunas romanas se empezaron a rebelar contra los matrimonios impuestos y la falta total de libertades. Así el filósofo Favorito denuncia en sus escritos la locura que les ha entrado a las mujeres de su tiempo: "No sólo se niegan a amamantar a sus hijos, sino que recurren a mil artimañas para no ser madres". Metrodora, médica griega que ejerció en Roma en el siglo I de nuestra era, escribió un tratado sobre las enfermedades de la mujer, describiendo en el capítulo dedicado a las jóvenes la sitergia, palabra griega que significa rechazo al alimento.

Con la llegada del Cristianismo, el ayuno se constituye como una forma de penitencia, un signo de remordimiento por los pecados cometidos. Para la doctrina cristiana el cuerpo era de naturaleza débil y pecaminosa, exigiendo control y regulación estrictos por parte de la mente.

La ascesis era el camino que conducía a la perfección. La carne debía ser dominada, el espíritu debía triunfar. El ayuno era el medio idóneo para ello. Mientras los monjes ayunaban para purificarse frente a las tentaciones del mundo, la mujer lo hacía para liberarse de su propio cuerpo, considerado por el pensamiento cristiano como el verdadero origen del pecado. (En el pensamiento cristiano tomó cuerpo la imagen de la mujer como instrumento del pecado). Eva, perversa y tentadora, y junto a ella, como contrapunto, la imagen de la Virgen, negando su sexualidad y resaltando su papel de madre.

En la Edad Media muchas mujeres de clases acomodadas, abandonan casa y familia eligiendo la vida monacal; el convento les ofrece la posibilidad de recibir una educación y una independencia de otro modo impensable. Aparece la anorexia santa, tal como la ha recogido el historiador Rudolph Bell en el libro *Holy anorexia*. Dios fue la vía que eligieron como forma de emancipación. El no comer es un objetivo en sí mismo, y la anoréxica libra la batalla por la conciencia a través de la comida. El hecho de resistir la tentación es lo que es

valorado; una imposibilidad de comer porque comer causa angustia, frente a los sentimientos de culpa a través de la autoprivación del placer, englobando como tal la comida

De la biografía de Santa Catalina de Siena destaca: "Sus deseos de entrega a Dios la condujeron a un rotundo aislamiento, encerrándose en su habitación donde se flagelaba tres veces al día con una cadena de hierro... rechazó enteramente la carne, incluso le repugnaba el olor. Lo mismo experimentaba con cualquier cocinado, excepto pan". Su austeridad alimentaria se mantuvo hasta su fallecimiento.

A partir de los siglos XIV y XV, la anorexia comienza a extenderse fuera de los conventos y de las abadías como una epidemia, esta fase denominada secularización de la anorexia se prolonga durante los siglos XVI y XVII. Aparecen las doncellas milagrosas, la mayoría de origen humilde y jóvenes. Su rechazo al alimento para llegar a la pureza y lo sublime, creándose un convento en su mente. En su mayoría eran jóvenes, que restringían drásticamente su alimentación obteniendo una gran atención pública y con frecuencia recompensas materiales.

Progresivamente se va despojando de su trasfondo religioso y pasó a un círculo más vulgar. Los denominados artistas del hambre, que se exhibían en ferias. La palabra anorexia era utilizada en la literatura médica como sinónimo de falta de apetito. La primera aproximación médica al trastorno se produce en el siglo XVII por el Dr Richard Morton, médico de la corte de Guillermo II. La describió en una joven de 18 años de la que dice: "...En toda mi vida no recuerdo a alguien que estuviera tan versado en vivir y tan consumido...".

Durante estos siglos, se desarrolla una nueva concepción del mundo basada en la racionalidad. Surge el Despotismo Ilustrado: todo el esfuerzo científico y artístico va a ir destinado a afianzar y desarrollar el conocimiento.

Frente a esto, la posición de las mujeres no había cambiado nada. Se les seguía dando una educación inferior, se esperaba que fueran sumisas y obedientes, que consideraran el matrimonio como única salida y que se casaran con el consentimiento de sus padres.

Los primeros médicos de describen la enfermedad como tal surgen en la época victoriana. Es en esta época, donde parecen encerrarse gran parte de los valores socio-culturales que explican el origen de nuestra cultura del adelgazamiento: La existencia de una burguesía puritana y tradicional, el desarrollo de los núcleos urbanos, la revolución industrial y posteriormente el desarrollo de los medios de comunicación.

Las mujeres perseguían unan apariencia proclive a la delgadez. La imagen de mujer frágil se difunde de clases superiores a inferiores. Las mujeres eran delicadas, se desmayaban, sufrían enfermedades y manifestaban sumisión y pasividad. Las apariencias, sobre todo al comer, eran fundamentales.

Lord Byron afirma: “Una mujer jamás debiera ser vista comiendo o bebiendo, a menos que se trate de ensalada de langosta o champaña, las únicas viandas femeninas y posibles”. Lord Byron era el prototipo de romántico. Fama y prestigio literario unidos a su agitada vida amorosa, facilitaron la difusión de sus ideas sobre el cuerpo y la mente. Byron ayunaba para tener la mente despejada; él mismo se definía como “un asceta comedor de legumbres”; le horrorizaba la gordura; en su opinión simbolizaba letargia, torpeza y estupidez. Su restricción alimentaria se acompañaba de ejercicio físico, a veces desmesurado, y una aparente vitalidad desbordante.

La anorexia nerviosa, calificada inicialmente como anorexia histérica, fue modificada por el médico de la reina Victoria, Gull, por el de anorexia nerviosa, que prevalece hasta nuestros días. En esa época numerosas mujeres eligieron esta vía de desafiar a la

naturaleza, de poner en tela de juicio su papel de procreadoras y de querer igualarse con los hombres en derechos y libertades. Esta rebelión les lleva a menudo a la propia autodestrucción, a través de negar las propias necesidades. Flaubert nos lo refleja en *Madame Bovary*: “...Cuando ya no podía más era a la hora de las comidas, en aquel cuartito de la planta baja, con la puerta que chirriaba, la estufa humeando, los muros rezumantes, y aquella humedad del suelo. Toda la amargura de la existencia le parecía que se la servían con el plato, y le subían del fondo del alma, con el humo de la sopa, como otras tantas vaharadas de desaliento” “...ella mordisqueaba unas avellanas o se entretenía, apoyada en un codo, haciendo rayas en el hule con la punta del cuchillo” “...Se mandaba cocinar platos que luego no tocaba, unos días no bebía más que leche a secas y al día siguiente se atiborraba de tazas de té.”

La inseguridad que aparece en muchas mujeres frente a este cambio, a veces es transmitida por sus madres. De alguna manera, al dejar de comer, la adolescente recupera sus formas prepúberes y desaparece el pánico y la angustia frente a la identidad femenina. El comportamiento paradójico de las pacientes se asemeja a aquellas primeras sufragistas de finales de siglo, por una parte de rebeldía ante esa sociedad que las privaba de sus derechos y por otro de huida de esas formas femeninas, haciéndolas mínimas a base de no comer. En otras ocasiones la adolescencia y la sexualidad tienen para las mujeres connotaciones no sólo de placer sino de preocupación y de carga, ya que la sexualidad está intrínsecamente unida a la reproducción y al embarazo, unido al temor de la maternidad y de la muerte. La combinación de obligaciones domésticas, desamparo emocional y dependencia económica en que se ven sumidas a sus madres influye poderosamente en la decisión radical de “no ser como ella”, a cualquier precio, aunque sea la propia autodestrucción. La anorexia como rechazo hacia la figura materna y al papel de la misma.



Esto se recoge en los mitos y leyendas que inundan nuestra cultura. En casi todos los cuentos aparece la imagen materna de bruja, la madrastra, como la bruja de Blancanieves que ofrece la manzana envenenada, o la de Hansel y Graetel que ofrecía su casita de chocolate como manera de atrapar a los niños. En todos estos casos sólo se producía la salvación si uno se abstenía de comer lo que estas mujeres ofrecían.

En nuestra cultura, los roles femeninos tradicionales se han ido agrupando en torno a la maternidad y al cuidado de los otros en general, de tal manera que provoca en ocasiones contradicción y ambivalencia entre adaptarse y complacer al otro y vivir de acuerdo a sus necesidades y sentimientos. Nuestra forma de comer traduce el modo en que vivimos y el lugar que ocupamos en la sociedad. El tema del poder, del sometimiento, de la autoridad, aparecen a la hora de sentarse la familia en la mesa, donde queda la relación de los miembros y el estatus de cada cual.

La inmortalidad, el hecho de estar por encima del cuerpo y de sus necesidades ha sido algo que ha interesado al hombre y es ampliamente recogido en la Historia y en la literatura. En un fragmento del cuento El inmortal, Borges relata: "El cuerpo era un sumiso animal doméstico y le bastaba, cada mes, la limosna de unas horas de sueño, de un poco de agua y de una piltrafa de carne. Que nadie quiera rebajarnos a ascetas. No hay placer más complejo que el pensamiento y a él nos entregábamos". "Convertir el ultraje de los años. En una música, un rumor, un símbolo".

"Miro mi cara en el espejo para saber quién soy, para saber cómo me portaré dentro de unas horas, cuando me enfrente con el fin. Mi carne puede tener miedo; yo no".

En ocasiones el sufrimiento puede dar lugar a sentimiento de excepcionalidad ante los otros, de sentirse privilegiado, saliendo victorioso en la medida que se sufre, sintiéndose por encima de los otros, de ser capaz de resistir donde otros sucumben.

Un ejemplo de este mecanismo lo encontramos en la novela de Knut Hamsun, premio Nobel de literatura, "*Hambre*", que es una autobiografía de sus días de penuria económica como escritor. La ciudad en la que transcurre, Oslo, es descrita como un "labyrintho del hambre", donde es difícil encontrar algo para comer. El protagonista debe comer para escribir, pero si no escribe, no tiene para comer, y si no puede comer, no tiene fuerzas para escribir.

Como afirma Paul Auster en *El arte del hambre*, este nuevo anoréxico secularizado ya no ayuna en la misma forma ni por las mismas razones que lo hacía el místico del pasado; con su rechazo al alimento no pretende negar la vida terrenal para ganar la celestial; sencillamente rehusa vivir la vida que le ha tocado vivir. Cuanto más se prolonga su ayuno, mayor es el espacio que la muerte ocupa en su vida. Su ayuno es una contradicción: seguir adelante con él significa la muerte, mas con la muerte se acabaría el ayuno, por lo tanto necesita seguir vivo, pero sólo para mantenerse al borde del abismo. Kafka lo refleja en su cuento del Artista hambriento: Por qué suspender el ayuno precisamente entonces, a los cuarenta días? Podía resistir aún mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cesar entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué arrebatarle la gloria de seguir ayunando, y no sólo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué aquella gente que fingía admirarlo tenía tan poca paciencia con él? Si aún podía seguir ayunando, ¿por qué no querían permitirselo?

El cuerpo es el punto de referencia a través del cual se articula el mundo, en donde se ponen en juego toda la constelación de las relaciones subjetivas e intersubjetivas del ser humano en la sociedad. El cuerpo es el campo primordial donde confluyen y se condicionan todas las experiencias, las situaciones vividas a

través del cuerpo. El cuerpo como ser en el mundo, es la estructura fundamental de la realidad humana.

La sociedad contemporánea construye un rol para las mujeres que les impide tomar conciencia y vivir su propio cuerpo, que atribuye valor a los aspectos exteriores del cuerpo. Por eso la reconstrucción de la historia del cuerpo de la mujer es fundamental para la recuperación del sitio que verdaderamente les pertenece a

las mujeres. El enigma de la novela de Mary Shelley: El monstruo de Frankenstein, marginado y olvidado, que llega al borde de la civilización pero no logra dar el salto: ser reconocido como diferente. Con esta metáfora se descubre la dificultad de las mujeres de ser reconocidas como tales y aparecen los síntomas como mentiras para ocultarnos lo que verdaderamente nos pasa.



BIBLIOGRAFÍA

1. Auster, P. El arte del hambre. Edhasa. Barcelona, 1992.
2. Borges, J.L. El Aleph. Unidad Editorial. Madrid, 1999.
3. Bell, R. Holy Anorexia. University of Chicago Press, 1985.
4. Bleichmar, H. Avances en Psicoterapia Psicoanalítica. Piados. Barcelona, 1997.
5. Kafka. Un artista del hambre. Alianza Ed, Madrid, 1980.
6. Hamsun, K. Hambre. Ed de la Torre, Madrid, 1997.
7. Garner & Garfinkel. Handbook of Tratment of Eating Disorders. The Guilford Press, Nueva York, 1986.
8. Michelle, A.M. In the name of love, women, masochism and the gothic. Cornell University Press. Nueva York, 1992.
9. Nye, R. Las memorias de Lord Byron. Salvat. Barcelona.
10. Toro, J. El cuerpo como delito. Anorexia, bulimia, cultura y sociedad. Ariel, Barcelona, 1996.